

DON DIONISIO SOLÍS

LA PREGUNTA DE LA NIÑA

Madre mía, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si fiada en su prudencia
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solícito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.
Pues Blasillo el otro día,
Cuando mismo anocheceía,
Y cantando descuidada
Conducía mi manada,
En el bosque, por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.
Se me acerca temeroso,
Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda,
Que si río, que si lloro,

A los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.
Con estilo cortesano
Se apodera de mi mano,
Y entre dientes, madre mía,
No sé bien qué me pedía;
Yo entendí que era una rosa,
Pero él dijo que otra cosa,
Que yo no le quise dar.
¿Sabe usted lo que decía
El taimado que quería?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda que era un beso,
Y fué tanto mi sonrojo,
Que irritada de su arrojo,
No sé como no morí.
Mas mi pecho enternecido
De mirarle tan rendido,
Al principio resistiendo,
Él instando, yo cediendo,
Fué por fin tan importuno,
Que en la boca, y solo uno,
Que me diera permití.
Desde entonces, si le miro,
Yo no sé por qué suspiro,
Ni por qué si á Clori mira
Se me abrasa el rostro en ira;
Ni por qué, si con cuidado
Se me pone junto al lado,
Me estremezco de placer.
Siempre orillas de la fuente
Busco rosas á mi frente,

Pienso en él y me sonrío,
Y entre mi le llamo mío,
Me entristezco de su ausencia,
Y deseo en su presencia
La más bella parecer.

Confundida, peno y dudo,
Y por eso á usted acudo;
Dígame, querida madre,
Si sentía por mi padre
Este plácido tormento,
Esta dulce que yo siento,
Deliciosa enfermedad.

Diga usted con qué se cura
Ó mi amor, ó mi locura,
Y si puede por un beso,
Sin que pase á más exceso,
Una niña enamorarse,
Y que trate de casarse
A los quince de su edad.

DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO

BLANCA-FLOR

CANCIÓN ROMÁNTICA

«¿A qué es puertas y ventanas
Clavar con tanto rigor,
Si de par en par abiertas
Tengo las del corazón?»

Así con su madre á solas
Lamenta su reclusión,
La bella niña cenceña,
La del quebrado color;
De amargo llanto los ojos,
El pecho lleno de amor;
*Y de par en par abiertas
Las puertas del corazón.*

¡Madre, la mi madre, dice,
Madre de mi corazón,
Nunca yo al mundo naciera,
Pues tan sin ventura soy!
Atended á las mis cuitas,
Haced de mi compasión,
*Y de par en par abridme
Las puertas del corazón.*

Yo me levantára un día
Cuando canta el ruiseñor,
El mes era de las flores,
A regar las del balcón.
Un caballero pasára
Y me dijo: ¡Blanca Flor!
*Y de par en par abríome
Las puertas del corazón.*

Si blanca, su decir dulce,
Colorada me paró:
Yo callé, pero miréle:
¡Nunca le mirara yo!
Que de aquel negro mirar
Me abraso en llamas de amor;
*Y de par en par abrí
Las puertas del corazón.*

Otro día, á la alborada
Me cantára esta canción:
«¿Donde estás la blanca niña,
Blanco de mi corazón?»
En laud con cuerdas de oro,
Y de regalado son,
*Que de par en par me abriera
Las puertas del corazón.*

Él es gallardo y gentil,
Gala de la discreción;
Si parla, encantan sus labios,
Si mira, mata de amor;
Y, cual si yo su sol fuera,
Es mi amante girasol;
*Y abríome de par en par,
Las puertas del corazón.*

Yo le quiero bien, mi madre,
(¡No me lo demande Dios!)
Quiérole de buen querer,
Que de otra manera no.
Si el querer bien es delito,
Muchas las culpadas son,
*Que de par en par abrieron
Las puertas del corazón.*

Vos, madre, mal advertida,
Me claváis reja y balcón.
Clavad, madre, enhorabuena:
Mas de esto os aviso yo,
Cada clavo que claváis
Es una flecha de amor,
*Que de par en par me pasa
Las telas del corazón.*

Yo os obedezco sumisa,
Y no me asomo al balcón.
«¿Que no hable?—Yo no hablo.
¿Que no mire?—¿Miro yo?»
Pero «que le olvide», madre...
Madre mía, olvidar no;
*Que de par en par le he abierto
Las puertas del corazón.*

En fin vos amásteis, madre;
Señora abuela riñó:
Mas por fin vos os velásteis,
Y á la fin fin nací yo.
Si vos reñís, como abuela,
Yo amo cual amásteis vos,
*Al que abrí de par en par
Las puertas del corazón.*

DON JUAN MARÍA MAURY

LA TIMIDEZ

A las márgenes alegres
Que el Guadalquivir fecunda,
Y adonde ostenta pomposo
El orgullo de su cuna,
Vino Rosalba, sirena
De los mares que tributan
A España, entre perlas y oro,
Peregrinas hermosuras.
Más festiva que las auras,
Más ligera que la espuma,
Hermosa como los cielos,
Gallarda como ninguna.
Con el hechicero adorno
De tantas bellezas juntas,
No hay corazón que no robe,
Ni quietud que no destruya.
Así Rosalba se goza;
Mas la que tanto procura
Avasallar libertades,
Al cabo empeña la suya.

Lisardo, joven amable,
Sobresale entre la turba
De esclavos que por Rosalba
Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años
No bien de la edad adulta
Acaban de ver cumplida
La primavera segunda.

Aventajado en ingenio,
Rico en bienes de fortuna,
Dichoso, en fin, si supiera
Que audacias amor indulta.

Idólatra más que amante,
Con adoración profunda,
A Rosalba reverencia
Y deidad se la figura.

Un día alcanza otro día,
Sin que su amor le descubra;
El respeto le encadena,
Y ella su respeto culpa.

Bien á Lisardo sus ojos
Dijeran que más presuma;
Pero él, comedido amante,
Ó los huye ó no los busca.

Perdido y desconsolado,
Una noche en que natura
A meditación convida
Con su pompa taciturna,

Mientras el disco mudable,
En que ceñirse acostumbra,
Entre celajes de nácar
Esconde tímida luna;

Al margen del sacro río
La inocente suerte acusa,
Y así fatiga los aires
Con endechas importunas:

«Baja tu vuelo

Amor altivo,

Mira que al cielo

Osado va;

Buscas en vano

Correspondencia,

Amor insano,

Déjame ya.

»Déjame el alma

Que otra vez libre

Plácida calma

Vuelva á tener;

¡Qué digo, necio!

El cielo sabe

Si más aprecio

Mi padecer.

»Gima y padezca,

Una esperanza

Sin que merezca

A mi deidad;

Sin que le pida

Jamás el premio

De mi perdida

Felicidad.

»Tímida boca,

Nunca le digas

La pasión loca

Del corazón,

A donde oculto

Está su templo,

Y ofrenda y culto

Lágrimas son.»

Más dijera, pero el llanto,

En que sus ojos abundan,

Le interrumpe, y las palabras

En la garganta se anudan.

Cuando junto á la ribera,

En un valle donde muchas

Del árbol grato á Minerva

Opimas ramas se cruzan,

Suave cuanto sonora,

Lisardo otra voz escucha,

Que, enamorando los ecos,

Tales acentos modula:

«Prepara el ensayo

De más atractivos

La rosa en los vivos

Albores de Mayo:

»Si al férvido rayo

Su cáliz expone,

Que el sol la corone

En premio ha logrado,

Y es reina del prado

Y amor de Dióne.

»¡Oh fuente! ¡En eterno

Olvido quedaras

Si no te lanzaras

Del seno materno;

»Tal vez el invierno

Tu curso demora,

Mas tú, vencedora,
Burlando las nieves
A tu impetu debes
Los besos de Flora.

»Y tú, que en dolores
Consumes los años,
Autor de tus daños
Por vanos temores,

»En pago de amores
No temas enojos,
Enjuga los ojos,
Que el Dios que te hiere
Más culto no quiere
Que audacias y arrojos».
Rayos son estas palabras
Que al ciego joven alumbran,
Quien su engaño reconoce
Y la voz que las pronuncia.
Y al valle se arroja, á donde
Testigos de su ventura
Fueron las amigas sombras
De la noche y selva muda;
Mas muda la selva en vano,
Y en vano la sombra oscura;
No sufre orgullosa Venus
Que sus victorias se encubran.
Lo que celaron los ramos,
Las cortezas lo divulgan,
Que en ellas dulces memorias
Con emblemas perpetúan.
Las Náyades en los troncos
La fe y amor que se juran

Leyeron, y ruborosas
Se volvieron á sus urnas.

LA RAMILLETERA CIEGA

Caballeros, aquí vendo rosas;
Frescas son y fragantes á fe;
Oigo mucho alabarlas de hermosas:
Eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala
Tiene el mundo, ni luz ni color;
Mas la rosa del cáliz exhala
Dulce un hálito, aroma de amor.

Cierra, cierra tu cerco oloroso,
Tierna flor, y te duele de mí:
No en quitarme tasado reposo
Seas cándida cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama;
Otra dicha negada á mi ser:
Debe el pecho apagar una llama
Que no puede en los ojos arder.

Tú, que dicen la flor de las flores,
Sin igual en fragancia y matiz,
Tú la vida has vivido de amores,
Del Favanio halagada feliz.

Caballeros, compradle á la ciega
Esa flor que podéis admirar:
La infeliz con su llanto la riega;
Ojos hay para solo llorar.

DON JOSE SOMOZA

LA SED DE AGUA

De la fuente Inés volvía,
Y el peso la fatigaba
Del cántaro que llevaba,
Pues quince años no tenía.
Contra su seno agitado
Su blanco y desnudo brazo
Ceñía con dulce abrazo
Aquel cántaro envidiado.
Descargóle y tomó aliento
Sobre una florida alfombra,
Bajo la sonora sombra
De un olmo que mece el viento;
Cuando acertára á pasar
Por aquel sitio Lisardo,
El mancebo más gallardo
De todos los del lugar.
Él llevaba sed, y al ver
El cántaro le dió más,
Y dijola «Inés, ¿me das
De ese cántaro á beber?»

Ella los ojos alzó,
Y mirando su semblante
Halagüeño y suplicante,
Respondióle «¿Por qué no?»

Y con su mano graciosa
La punta del delantal
Pasaba por el brocal
Del cántaro, vergonzosa.

«Excusado es tanto esmero
En limpiar el borde, Inés,
Dijo el zagal, si no es
Que otro ha bebido primero.»

Ella dijo: «En el vasar
Siempre por mi madre ha estado
Este cántaro guardado
Sin dejármelo estrenar.»

Bien lo conoció el mancebo
Cuando comenzó á beber,
Que es fácil de conocer
Agua de cántaro nuevo.

Y como mientras bebía,
Á la zagala miraba,
Su boca se refrescaba,
Pero su pecho se ardía.

«No bebas tanto, zagal,
Decía Inés, retirando
El cántaro y suspirando;
Hacerte pudiera mal.»

Lisardo, por el contrario,
Se empeña en beber sin tasa,
Y el cántaro por el asa
Arrebata temerario.

Pero lo que sucedió
Con semejante violencia
Fué que en la fatal pendencia
El cántaro se rompió.

El grito más doloroso,
Por la cuitada lanzado,
A los ecos fué llevado
Por el viento vagaroso;
Y de color y sentido
Privada, al suelo viniera,
Si el mancebo no la hubiera
En sus brazos recibido.

«¡Ay, triste de mí! exclamaba
Cuando, en su acuerdo volviendo,
Los bellos ojos abriendo,
En llanto los inundaba;

»Mi madre bien me decía
Que el cántaro no expusiera;
Mas yo, que tan frágil era
El cántaro, no creía.

»¡Quién había de negar
Una sed de agua, ni quién
Pensára que el hacer bien
tan caro suele costar?

»No lo hice á mal hacer,
Dijo el mozo á Inés; perdona
Si las quiebras mi persona
Te puede satisfacer.

»Dame la mano, y de aquí
Los dos á tu casa iremos;
A tu madre la diremos
Cómo el cántaro rompí;

»Que yo de barro tan tierno
No le juzgué ciertamente,
Mas, pues fué un día á la fuente,
No había de ser eterno.»

ROMANCE GITANESCO

¡Conque, es fijo, chaira mía,
Que tu gracia he camelado,
Que al cielo subí en presona
Y al sol detuve en mis brazos!

¡A qué hora, fortunilla,
Te burlas de un desdichado?
Si no puedes sostenerme,
¿Por qué me subes tan alto?

El triunfo de las morenas,
De los cuerpos el dechado,
Y un alma... que Dios en prueba
De su poder ha formado,

Todo fué de este *ganchoso*:
Yo amarínaba aquel barco,
Entre borrascas de dichas,
Un mar de gracias surcando.

A oscuras las tres potencias,
Y todo el juicio murciano,
Suspiro lo venidero
Y no gozo lo pasado.

¡Qué estrella tan desdichada
Lucirá sobre tu chairo,

Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
Que ya á sus ecos hermosura humana
No ha de ensalzar mi voz.

Á LA MEMORIA

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda,
Diste la vida á Clio en la colina
Que eterna fuente inunda:
Si ya algún día te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apeles te elevara
En el jardín Albano,
Báñame, oh diosa, en tu esplendor risueño,
Que abrasa y no devora,
Y, rico de tu don, mire con ceño
Cuanto Cresos atesora.
Tú, diosa, de purísimos placeres
Aurora eres divina,
Tú en las desgracias y tristezas eres
Celeste medicina.
Por tí se goza el adalid dichoso
En su pasada gloria,
Y bajo sus laureles orgulloso
Ve durar su victoria.
Por tí el amor sus triunfos eterniza,
Y en lazo permanente
Aprisiona el placer que se desliza
Cual rápido torrente.

Por tí á los campos vuelo de la aurora,
Y el Indo nacer miro,
Y á par de la cuadriga voladora
Por cielo y tierra giro.
Tú, la muerte venciendo y las edades,
Reengendras las acciones,
Y nuevo lustre al esplendor añades
De gloriosos varones.
Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
Del saber clara fuente,
Y sus altas pirámides retratas
A mi atónita mente.
Allá tu gloria, Salamina, veo;
Tu campo allá se ufana
¡Oh Maraton! con el feliz trofeo
De la fuerza persiana.
Ya escucho al vencedor de Trasimena
Y á tí, por quien Cartago
Vió trasladar á la africana arena
De Canas el estrago.
Ilustres héroes, de mi patria gloria,
Aún habláis, y al oiros,
Del pecho lanza vuestra fiel memoria
Tristísimos suspiros.
Haz que mi nombre, al númen glorioso
Eternamente unido,
En ecos de la fama victorioso
Burle el innoble olvido,
Y brille ¡oh diosa! en tu marmóreo templo,
Donde mi Elisio brilla;
Elisio á todos celestial ejemplo
De virtud sin mancilla.

El alba en Oriente
Mas plácida brilla;
De cándido nácar
Los cielos matiza.

Pálida está de amores
Mi dulce niña;
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

¡Qué linda se muestra,
Si á dulces caricias
Afable responde
Con blanda sonrisal
Pero muy más bella
Al amor convida,
Si de amor se duele,
Si de amor suspira.

Pálida está de amores
Mi dulce niña;
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

Sus lánguidos ojos
El brillo amortiguan;
Retiemblan sus brazos;
Su seno palpita;
Ni escucha, ni habla,
Ni vé, ni respira;
Y busca en mis labios
El alma y la vida.....

Pálida está de amores
Mi dulce niña;
Nunca vuelvan las rosas
A sus mejillas!

EL SÁTIRO

O tú, más feble al seductor halago
Que tierno lino al revolver del viento,
Cuando mecido en la feraz llanura
Trémulo ondea!

Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,
Su negra boca á tu semblante uniendo
De rojas moras con fealdad teñida,

Sátiro inmundo,

No más te acuerdes de mi amor primero;
Ni el labio mío con su blando bozo
El pecho halague que punzaron antes
Ásperas cerdas.

Al pie del sauce, en tu apacible baño,
Yo ví estampada la redonda huella
Del torpe amante, y del brutal retozo

Turbias las aguas:

Anda pues, falsa, y su enastada frente
Ciñe en el bosque con lasciva yedra;
Mientras oculto con mi fiel zagala
Plácido río.

EL AMOR EN VENTA

Acudid, zagalas.....
¡Qué lindo Amor vendol
Miradle en mi mano,
Por las alas preso.

¿Es dócil?.... Y niño.
¿Donoso?.... Hechicero.
¿Calladito?.... Mudo.
¿Complaciente?.... Ciego.
¿Alegre?.... Cual Mayo.
¿Veloz?.... Como el viento.
¿Y fiel?.... Cual vosotras.
Ya no le queremos.

EL NIDO

¿Dónde vas, zagal cruel,
Dónde vas con ese nido,
Riyendo tú mientras pían
Esos tristes pajarillos?
Su madre los dejó solos
En este momento mismo,
Para buscarles sustento
Y dárselo con su pico.....
Mírala cuán azorada
Echa menos á sus hijos,
Salta de un árbol en otro,
Va, torna, vuela sin tino:
Al cielo favor demanda
Con acento dolorido;
Mientras ellos en tu mano
Baten el ala al oírlo.....
Tú también tuviste madre,
Y la perdiste aun muy niño,
Y te encontraste en la tierra
Sin amparo y sin abrigo!....

Las lágrimas se le saltan
Al cuitado pastorcillo,
Y vergonzoso y confuso
Deja en el árbol el nido.

LA ALHAMBRA

Venid á mis voces, doncellas hermosas
Que holláis la ribera del Dauro y Genil;
Venid coronadas de sándalo y rosas,
Más puras, más frescas que el aura de Abril.

Flotando en la espalda los negros cabellos,
Los ojos de fuego, los labios de miel,
La túnica suelta, desnudos los cuellos,
Cantando de amores seguidme al verjel.....

Amor resonaron las grutas del río;
Amor en las selvas cantó el ruiseñor;
Amor las montañas, el bosque sombrío,
La tierra, los cielos repiten *amor*.

Y allá en el Alcázar, orgullo del moro,
Que ya de tres siglos la mano arruinó,
Rodando en los muros de mármoles y oro,
Un sordo murmullo de *amor* resonó.....

¿Qué se hizo su gloria, su pompa, su encanto,
Los triunfos y empresas de tanto galán?
¿Las cañas y fiestas, la música y canto,
Jardines y baños y fuentes dó están?

El jaspe ya cubren abrojos y espinas;
Do rosas crecieron, la zarza se vé;
A llanto provocan las miserables ruinas;
Los rotos escombros detienen el pie.....

¡Ay! Ninfas del Dauro, venid á mis voces;
Mirad cual fenecen la gloria y beldad;
Y en tanto que vuelan las horas veloces,
De amor las dulzuras, la dicha gozad!

EL JILGUERO

«Por qué me dejas, ingrato?
Vuelve á mi voz, jilguerillo;
Y no pagues cual Damón
Mis cuidados y cariño:
Eras mi solo consuelo,
Eras mi mejor amigo;
Contigo partí mi lecho,
Mi seno te di por nido.....
Noches enteras pasaste
En mi regazo dormido;
Y apenas rayaba el alba,
Me despertaban tus trinos:
Tú mis lágrimas veías,
Tú escuchabas mis suspiros,
A tí solo confié
El nombre del fementido.....»
Así Flora se quejaba;
Mas vió en la rama de un mirto
Acariciando á su esposa
Al pintado pajarillo:
Envidia tuvo al mirarle;
Sintió su dolor más vivo;
Y prorrumpió en estas voces,
Dando un profundo gemido:

«¡Sé feliz, ave inocente,
Con tu esposa y con tus hijos;
Que no hay ventura en la tierra
Si está el corazón vacío!»

EL RECUERDO DE LA PATRIA

Ví en el Támesis umbrío
Cien y cien naves cargadas
De riqueza;
Ví su inmenso poderío,
Sus artes tan celebradas,
Sú grandeza:
Mas el ánima afligida
Mil suspiros exhalaba
Y ayes mil;
Y ver la orilla florida
Del manso Dauro anhelaba
Y del Genil.
Ví de la soberbia corte
Las damas engalanadas,
Muy vistosas;
Ví las bellezas del norte,
De blanca nieve formadas
Y de rosas:
Sus ojos de azul del cielo;
De oro puro parecía
Su cabello;
Bajo transparente velo
Turgente el seno se vía,
Blanco y bello.

¿Mas qué valen los brocados,
Las sedas y pedrería
De la ciudad?
¿Qué los rostros sonrosados,
La blancura y gallardía,
Ni la beldad?
Con mostrarse mi zagala,
De blanco lino vestida,
Fresca y pura,
Condena la inútil gala,
Y se esconde confundida
La hermosura.
¿Do hallar en climas helados
Sus negros ojos graciosos,
Que son fuego,
Ora me miren airados,
Ora roben cariñosos
Mi sosiego?
¿Do la negra cabellera
Que al ébano se aventaja?
¿Y el pie leve,
Que al triscar por la pradera
Ni las tiernas flores aja,
Ni aun las mueve?
Doncellas las del Genil,
Vuestra tez escurecida
No trocara
Por los rostros de marfil
Que Albión envanecida
Me mostrara:
Padre Dauro, manso río
De las arenas doradas,

Dígnate oír
Los votos del pecho mío;
Y en tus márgenes sagradas
Logre morir!

EL TRIUNFO

El placer que rebosa en mi alma,
Zagalas del Dauro, festivas cantad:
El Amor ha dejado los cielos,
Y el nido en mi pecho por siempre hizo ya.
¿Qué ventura en la tierra hay que iguale
Al sumo contento que ofrece el amor?
Los sentidos, el alma y potencias
A tanta delicia bastantes no son.
En el bosque de nardos y rosas
Al fin de mi amada vencí la esquivéz;
Tuya soy, pronunciaron sus labios;
Y al punto en sus labios su aliento aspiré.
Blando lecho brindaron las flores;
La tórtola amante más tierna gimió;
Y las ramas de un sauce inclinando,
El hurto dichoso cobija el pudor.